

1

Se hundió lentamente en las oscuras aguas, los brazos extendidos, los pies apuntando hacia abajo, como un Cristo, o un derviche que bendijera el mar.

La piedra atada a sus pies golpeó el barro con una suave explosión. Sus rodillas se doblaron, y al cabo de un momento el cadáver se inclinó graciosamente con la marea. Siempre había sido elegante, y flexible cuando fijaba un precio; un hombre que comerciaba y siempre cedía algo en los tratos.

Encima de él, el asesino giró su cabeza de un lado a otro, alerta al más ligero movimiento de la oscuridad, sintiendo la lluvia sobre su rostro. Permaneció quieto durante unos minutos, esperando y observando, antes de parpadear, darse la vuelta y salir silenciosamente del puente, para ser tragado por la noche y los callejones de la durmiente ciudad.

La marea menguó. El agua arrastraba las algas verdes que se alineaban en las paredes, borboteaba alrededor de los viejos pilotajes y se deslizaba retrocediendo de los gastados escalones de piedra. Descendía, empujando suavemente al comerciante más cerca del mar en el que, en sus días de gloria, la ciudad había hecho su fortuna. Bajo las cúpulas bizantinas, los palacios deteriorados y las embarcaciones amarradas, el cadáver era

empujado silenciosamente hacia el mar, los brazos todavía abiertos en un gesto de vana bienvenida.

No obstante, alguna obstrucción, un bloque de piedra o un lazo de cuerda podrida, debía de haber obstaculizado su paso: porque, cuando rayaba el alba, y la marea bajó, el comerciante aún estaba a unos metros de distancia de las profundas aguas de la Riva dei Schiavoni en las que debía haberse hundido sin dejar ninguna huella.

2

El sultán soltó un agudo estornudo y se secó la cara con un pañuelo de seda.

—La reina de Inglaterra tiene uno —dijo con mal humor.

Reshid Pachá inclinó la cabeza. El rey Guillermo estaba muerto, al igual que el sultán Mahmut. Ahora, pensó, Inglaterra y el Imperio otomano estaban siendo gobernados por unas muchachitas.

—Como dice el sultán, que sean largos sus días.

—Los Habsburgo tienen varias galerías, según creo. En sus dominios, en Italia, poseen palacios atiborrados de pinturas. —El sultán se limpió la nariz—. El emperador de Austria sabe cuál era el aspecto del abuelo de su abuelo mirando su cuadro, Reshid Pachá.

El joven pachá cruzó sus esbeltas manos delante de sí. Lo que el sultán decía era cierto, pero ridículo: los Habsburgo eran notoriamente feos, notoriamente parecidos. Se casaban con parientes cercanos, y su barbilla se hacía más grande a cada generación. En tanto que un príncipe otomano no tenía más que adorables y expertas mujeres para compartir el lecho.

Los hombros de Reshid Pachá se tensaron.

—Los perros austríacos siempre mean en el mismo lugar —dijo con un gruñido burlón—. ¿Quién querría ver eso?

Incluso mientras hablaba, sabía que estaba cometiendo un error. El sultán Mahmut hubiera sonreído ante la observación. Pero Mahmut estaba muerto.

El sultán frunció el ceño.

—No estamos hablando de perros.

—Tenéis razón, mi *padishah*. —Reshid Pachá inclinó la cabeza.

—Hablo del Conquistador —dijo con arrogancia Abdülmecid—. De la sangre que corre por estas venas.

Levantó sus muñecas, y el joven consejero inclinó la cabeza, avergonzado.

—Si existe el cuadro, lo deseo —continuó el sultán—. Quiero verlo. ¿Deseas, Reshid Pachá, que el retrato del Conquistador sea expuesto a la mirada del infiel... o que un no creyente pueda poseerlo?

Reshid Pachá lanzó un suspiro.

—Y, sin embargo, sultán mío, no sabemos dónde puede estar el cuadro. Si es que, realmente, existe.

El joven *padishah* volvió a estornudar. Mientras examinaba su pañuelo, el pachá, continuó:

—Durante más de tres siglos nadie ha visto nunca o ha oído hablar de ese... cuadro. Hoy tenemos un rumor, nada más. Seamos cautos, mi *padishah*. ¿Qué importancia tiene que esperemos otro mes? ¿U otro año? La verdad es como el almizcle, cuyo agradable olor nunca se puede ocultar.

El sultán asintió con la cabeza, pero no era una muestra de acuerdo.

—Hay una manera más rápida —dijo con voz gangosa por culpa de los mocos.

—Manda a buscar a Yashim.

Cerca de la orilla del Cuerno de Oro, por la parte de Pera, se levantaba una fuente instalada por una princesa otomana, como un acto de generosidad, en un lugar donde los barqueros solían recalar y dejar sus pasajes. Existían centenares de fuentes en las calles y plazas de Estambul. Pero ésta era particularmente antigua y querida, y Yashim la había admirado muchas veces al pasar. En ocasiones, con tiempo caluroso, se enjuagaba la cara en el hilillo de agua clara que caía sobre su taza adornada con azulejos.

Fueron aquellos azulejos los que ahora le hicieron detenerse en la calle, pasmado y sin ser observado en medio de la corriente de tráfico que ahora pasaba a lo largo de la costa: muleros con sus recuas de animales, porteadores cargando enormes sacos, dos mujeres totalmente veladas vigiladas por un eunuco negro, un *bashibazuk* a caballo, su fajín atiborrado de pistolas y espadas. Ni Yashim, ni la destartalada fuente, llamaban la atención de nadie. La multitud fluía a su alrededor, un hombre solo, de pie, con una capa marrón, un blanco turbante sobre su cabeza, observaba afligido como un trío de obreros con ropa de trabajo y sucios turbantes golpeaban la fuente con sus martillos.

Y no es que a Yashim le faltara presencia. Su única carencia era de algo más concreto; pero estaba acostumbrado a pasar inadvertido. Era como si su presencia fuera una cualidad que él decidía mostrar u ocultar; una cualidad de la que las personas eran inconscientes hasta que se encontraban hipnotizadas por sus ojos grises, su voz baja, musical, o por las verdades que decía. Hasta entonces podía resultar casi invisible.

Los obreros no levantaron la mirada hasta que él se acercó. Sólo cuando habló, uno de ellos miró a su alrededor, sorprendido.

—Se trata del puente, *effendi*. Una vez que esto haya desaparecido, y luego el árbol, habrá un camino para pasar por aquí, ¿ve usted? Hemos de tener un camino que atravesase esto, *effendi*.

Yashim apretó los labios. Durante años se había hablado de un puente que uniría la parte principal de la ciudad de Estambul con Pera. Siglos, incluso. En los archivos del sultán del palacio de Topkapi, Yashim había visto unos papeles color sepia con un dibujo de dicho puente, ejecutado por un ingeniero italiano que escribía sus cartas del revés, como si estuvieran escritas en un espejo. Ahora, al parecer, iba a construirse el puente; el regalo del nuevo sultán a un agradecido populacho.

—¿Y esta fuente no podría simplemente trasladarse más allá?

El obrero enderezó su espalda y se apoyó en su mazo.

—¿Qué? ¿Esto? —Se encogió de hombros—. Demasiado vieja. Una nueva sería mejor. —Sus ojos se deslizaron a lo largo de la costa—. Pero lo que sí es una vergüenza es lo del árbol.

El árbol era un coloso, y una agradable sombra y abrigo en la costa del Pera. Llevaba allí varios siglos; y ahora desaparecería en cuestión de días.

Yashim parpadeó cuando uno de los mozos agrietó con un golpe de mazo la taza de la fuente. Un pedazo de piedra se separó, y Yashim alargó la mano.

—Por favor, un azulejo o dos...

Se los llevó consigo cuidadosamente, sintiendo el viejo mortero seco y quebradizo en su palma. El barquero que lo recogió, mientras se deslizaba a través del Cuerno con su esquife, escupió en el agua.

—El puente nos matará —dijo en griego.

Yashim tuvo un presentimiento. No se arriesgó a replicar.

Al llegar a casa dejó los azulejos junto a la ventana

y se sentó en el diván, contemplando las fuertes líneas de los sinuosos tallos, los hermosos e intensos rojos de los tulipanes, que tan a menudo habían refrescado sus ojos mientras el agua de la fuente le refrescaba la piel. Unos rojos llameantes como aquellos no se podían conseguir hoy en día, de eso era consciente. Siglos atrás, los alfareros de Iznik habían elevado sus habilidades a tales alturas que el río del conocimiento simplemente se había secado. Siempre quedaban los azules: preciosos azules de Kayzeri e Iznik, pero no los rojos tan queridos por los herejes, que procedían de Irán y que también se desvanecieron.

Yashim se acordaba de cuánto había amado aquellos azulejos, cuando decoraban el santasanctórum del palacio del sultán en Topkapi, un lugar prohibido a los hombres corrientes. En el harén mismo, hogar del sultán y su familia, muchas mujeres habían admirado aquellos azulejos y muchos sultanes también.

Yashim los había visto tan sólo porque no era un hombre corriente.

Yashim era un eunuco.

Seguía contemplando los azulejos, recordando otros similares de los fríos corredores del harén del sultán, cuando unos golpecitos en la puerta anunciaron un mensajero.

4

Reshid Pachá golpeó su pulida bota con un bastoncillo.

—El sultán Mahmut, que descanse en paz, estuvo encantado de ordenar la construcción del puente. —Apuntó al diván con su bastoncillo—. El barrio antiguo y

Pera han estado demasiado tiempo separados. Ése es también el punto de vista del *padishah*.

—Ahora Pera vendrá a Estambul —dijo Yashim—, y ya no sabremos lo que es la paz.

Reshid apretó los labios.

—O tal vez sea lo contrario, Yashim.

—Sí, mi pachá —dijo éste sin demasiada convicción. Se sentó, con las piernas cruzadas, en el diván—. Quizás.

Trató de imaginar a Pera calmándose hasta un digno silencio, a medida que los sobrios pachás y los minaretes y los cipreses del viejo Estambul extendían su tranquila influencia a través del puente, amortiguando el perpetuo alboroto de vendedores, dispensadores de té, mozos, banqueros, tenderos y marineros que pululaban por las calles de Pera. ¿Dónde encontrarían los cipreses espacio para crecer entre los sombrereros belgas y los buhoneros griegos, las prensas de vapor y las multitudes de extranjeros? Viejos caballeros otomanos traían a sus familias a Pera de vez en cuando, y las conducían en medio de un impresionante asombro a través de multitudes de todas las nacionalidades, contemplando fijamente los grandes escaparates de las tiendas de la Grande Rue, antes de embarcar nuevamente hacia su hogar.

—Tengo entendido que conoce usted muchos idiomas —añadió Yashim agradablemente.

Yashim no conocía bien a Reshid. El joven visir pertenecía a otra generación de la escuela de palacio, la generación que estudiaba francés e ingeniería; su preparación le había llevado más allá de las fronteras del Imperio. La madre de Reshid procedía de Crimea, de un exilio; su familia era pobre. Él andaría por los veinticinco años, quizás, cuatro o cinco más viejo que el sultán al que servía, pero con fama de ser un duro trabajador, de costumbres piadosas, sin ostentación, de mente

rápida y muy seguro de sí: ciertamente había progresado muy deprisa bajo la mirada del viejo sultán, que insistía en que aprendiera idiomas y lo había enviado a misiones en París y Viena, porque Mahmut había perdido la confianza en los dragomanes, o intérpretes, la mayoría de los cuales eran griegos. Sin duda lo había considerado también una buena influencia para su hijo.

El pachá se encogió de hombros.

—Hablo varios idiomas, por descontado. Ahorra tiempo.

Yashim bajó los ojos. Él hablaba ocho lenguas perfectamente, incluyendo el georgiano, y amaba tres de ellas: el griego, el turco y el francés.

—El sultán ha reclamado su presencia, Yashim. Está al corriente de los servicios que ha prestado usted a su casa. Fui yo quien se lo recordó.

Yashim inclinó la cabeza cortésmente. En varias ocasiones el viejo Mahmut había exigido a gritos la presencia de Yashim, planteándole algunos dilemas que precisaban de los peculiares talentos de éste. Muchas cosas en el harén, y más allá, habían requerido su atención: y no todas eran simples pecadillos. Robos, muertes inexplicables, amenazas de motín o traición que atentaban contra la estabilidad o la supervivencia mismas de la más antigua dinastía gobernante de Europa. El trabajo de Yashim era resolver las crisis. Tan discretamente como fuera posible, por descontado. Yashim sabía que el aire de invisibilidad que lo rodeaba debía extenderse a los misterios que se le pedía que penetrara.

—Y debería recordarle que el sultán es muy joven.

Yashim casi sonrió. El único amaneramiento visible de Reshid Pachá era un pequeño bigote que él enceraba con cuidado, pero su barbilla era suave y blanda. Llevaba la estambulina, aquella espantosa aproximación al vestido occidental que el viejo sultán había prescrito oficialmente para todos sus súbditos, griegos, turcos, ar-

menios o judíos, y que el pueblo estaba todavía aprendiendo a adoptar. Yashim, hacía ya mucho tiempo, había decidido no tomarse la molestia.

—El sultán Mehmet también era joven hace cuatro siglos, Reshid Pachá, cuando tomó la ciudad a los griegos.

—Pero se diría que Mehmet tenía más experiencia.

«¿Es eso lo que tienes tú? —se preguntó Yashim—. A los veinticinco años... ¿experiencia?»

—Mehmet sabía apreciar correctamente sus intereses —continuó Reshid—. Y también rechazaba los consejos. Pero los tiempos han cambiado, pienso.

Yashim asintió. Aquello estaba bien expresado.

—Cada uno de nosotros debe esforzarse en servir a los mejores intereses del sultán a nuestra manera, Yashim. Habrá ocasiones, estoy seguro, en que será usted capaz de servirle con su especial talento para penetrar en los corazones y las mentes de los hombres. Muchos otros —es natural, y no tienen por qué avergonzarse— le sirven con su simple diligencia.

Sus oscuros ojos buscaron los de Yashim.

—Entiendo —murmuró éste.

El joven visir no parecía muy convencido.

—Nosotros, los otomanos, tenemos muchas generaciones de comprensión de las maneras de los príncipes, Yashim. Ellos nos dan... El sultán está encantado de darnos órdenes. Y nosotros decimos: «El sultán ha dicho esto o aquello. Y se hará.» Entre estas órdenes, sin embargo, hemos reconocido una clase de... ¿qué?, órdenes sin base. Escritas en el agua, Yashim.

Yashim no movió ni un pelo.

Lo que está escrito en el agua no se puede leer.

—Creo que el sultán lo recibirá esta tarde. —Reshid levantó la mano en un vago gesto de rechazo—. Tendrá usted muchas oportunidades de mostrar... diligencia —añadió—. Sé que la tendrá.

Yashim se puso de pie y se inclinó con una mano en el pecho.

La elevación de un nuevo sultán, como el nacimiento de un planeta, significaba crear nuevos alineamientos, cambios en el peso y la composición de las camarillas y círculos que siempre habían florecido en el palacio alrededor de la persona del todopoderoso sultán. Reshid había sido ascendido por Mahmut; ahora Abdülmecid había confirmado la elección de su padre.

¿Era la amistad de Reshid —su protección— una oferta que Yashim podía rechazar?

Saliendo del despacho del visir, Yashim dio la vuelta y anduvo un largo camino por un alfombrado corredor, hacia un par de puertas dobles flanqueadas por inmóviles guardias, y una fila de sillas de recto respaldo tapizadas de rosa.

Los guardias no parpadearon. ¿Qué quería el sultán, se preguntó Yashim, y que Reshid tan evidentemente no deseaba?

Ocupó una silla y se dispuso a esperar... Pero casi inmediatamente las puertas se abrieron de par en par y un asistente de blancos guantes lo invitó a pasar a la presencia del sultán.

5

Yashim no había visto el sultán desde unos años antes de su elevación al trono. Recordaba al flaco muchacho de enfebrecidos ojos que se encontraba de pie, pálido y en actitud alerta, al lado del trono de su padre. Esperaba que hubiera crecido y engordado, tal como los niños suelen hacer ante el constante e ingenuo asombro de sus mayores. Sin embargo el joven sentado en un si-

llón estilo francés, con las piernas bajo la mesa, no parecía, a primera vista, haber cambiado nada. Era casi sobrenaturalmente delgado y huesudo, con unos torpes hombros y largas muñecas, ocultadas, sin conseguir que fueran elegantes, por las artes de unos sastres europeos.

Yashim se inclinó profundamente y se acercó al sultán. Sólo sus cejas, observó, se habían desarrollado; tenía unas espesas cejas sobre unos ojos nublados, ansiosos.

El sultán torció la cara y abrió la boca como si fuera a gritar, luego sacó un pañuelo de la mesa y estornudó en él sonoramente y con gesto compungido.

Yashim parpadeó. En los Balcanes, la gente decía que uno estornudaba cuando decía una mentira.

—Nuestro gracioso padre siempre hablaba muy bien de usted. —Yashim se preguntó si el cumplido era hue-ro. Mahmut había sido una mala bestia muy curtida—. Como nuestra estimada madre sigue haciendo.

Yashim bajó los ojos. La Valide, la madre francesa de Mahmut, había sido su mejor amiga en el harén.

—Mi *padishah* es muy amable.

—Humm. —El sultán soltó un pequeño gruñido, el mismo que dejaba escapar el viejo sultán, aunque en un tono más agudo.

—Nuestros oídos han escuchado un informe que concierne al honor y a la memoria de nuestra casa —empezó el sultán un poco rígidamente. Mahmut habría dicho las mismas palabras como si le salieran de las entrañas, no de la cabeza—. ¿Significa algo el nombre de Bellini para usted?

Ante un sultán uno no se queda boquiabierto como un pez. La habitación, observó ahora Yashim, estaba empapelada al estilo europeo.

—No, mi *padishah*. Lamento...

—Bellini era un pintor. —El sultán agitó una huesuda mano—. Hace mucho tiempo, en la época del Conquistador.

Yashim levantó la cabeza. Recordó que un hombre había diseñado un puente a través del Cuerno de Oro. Leonardo de Vinci. Un florentino.

—¿De Italia, mi *padishah*?

—Bellini fue el más grande pintor de su época en Europa. El Conquistador lo llamó a Estambul. Hizo algunos dibujos y pinturas. De... bueno, de personas. Al natural. —El rostro del sultán parecía ahora más vivo—. Fue un maestro del *portrait*. —Pronunció bien la palabra, con acento francés, observó Yashim.

Yashim pensó en los tulipanes que había rescatado del mazo. Eran muy puros. Pero ¿pintar personas? No era extraño que el joven se sintiera incómodo.

—El Conquistador deseaba que fuera así —añadió Abdülmeçid, su rubor fue desvaneciéndose a medida que hablaba—. Bellini se aposentó en la corte del Conquistador durante dos años. Me han dicho que decoró algunas paredes del palacio de Topkapi con frescos, los llamaban, con escenas que el sultán Bayaceto más tarde hizo quitar.

Yashim asintió. El sucesor del Conquistador, Bayaceto, era un hombre muy piadoso. Si ese Bellini había pintado personas, el sultán Bayaceto se habría escandalizado. No hubiera tolerado semejante blasfemia en su palacio.

El joven sultán descansó su huesuda mano sobre los papeles de su escritorio.

—Bellini pintó un retrato del Conquistador —dijo.

Yashim parpadeó. ¿Un retrato? Mehmet el Conquistador tenía sólo veintiún años cuando arrebató la Manzana Roja de Constantinopla a los cristianos en 1453. Fue un héroe islámico que se convirtió en heredero del Imperio Romano Bizantino de Oriente. Amo del mundo ortodoxo cristiano, hizo extender su Imperio desde las costas del mar Negro hasta las rocosas montañas de los Balcanes, designando a patriarcas cristianos con su báculo, trayendo al rabino en jefe a la ciudad que esta-

ba destinada, como decían todos los hombres, a ser el ombligo del mundo.

Y había llamado a un pintor italiano a su corte.

—¿El retrato, mi *padishah*... todavía existe?

El sultán levantó la cabeza y miró fijamente a Yashim.

—No lo sé —dijo con calma.

Se produjo un silencio. A medida que se alargaba, Yashim sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal y se le rizaban los pelos de la nuca. Millones de personas vivían a la sombra del *padishah*. Desde los desiertos de Arabia a las desoladas fronteras de la estepa rusa, afectados o no por sus órdenes, pagando los impuestos que él recaudaba, sirviendo como soldados en los ejércitos que él creaba, soñando —algunos de ellos— con un monarca cubierto de oro que vivía junto al mar. Yashim había visto sus pinturas del Bósforo en casas solariegas balcánicas y palacios de Crimea; había visto a viejos llorando junto al río y la montaña, cuando el viejo sultán desapareció.

Había pasado diez minutos en compañía de un joven que se ruborizaba como una muchacha, que se tocaba nerviosamente la nariz y confesaba que desconocía algo. Y era el *padishah*.

Era el *padishah* quien le hablaba.

—El cuadro, al igual que los frescos, desapareció tras la muerte de Mehmet. Se dijo que mi pío antepasado los vendió en el Bazar. Teniendo eso en cuenta, ¿para qué un musulmán trataría de comprar lo que el propio sultán había declarado prohibido?

Para un harén. Yashim asintió.

—El retrato no ha sido visto desde entonces —añadió el sultán—. Pero Bellini era veneciano. El mejor pintor de Venecia en su época. —Sus ojos parpadearon. Se llevó el pañuelo a la cara, pero no estornudó—. Ahora tenemos noticias de que el cuadro ha sido visto.

—¿En Venecia, mi *padishah*?

El sultán dio unos golpecitos con los dedos sobre la mesa, y luego, bruscamente, se puso de pie.

—¿Habla usted italiano?

—Sí, mi *padishah*. Hablo italiano.

—Quiero que encuentre el cuadro, Yashim. Quiero que lo compre para mí.

Yashim se inclinó.

—¿El cuadro está en venta, mi *padishah*?

El sultán pareció sorprendido.

—Los venecianos son comerciantes, Yashim. En Venecia todo está en venta.

6

Yashim cogió un esquiife para cruzar el Cuerno y ordenó al remero que lo dejara en la orilla, pero algo más lejos, en Tophane. No quería ver la fuente rota, o ser testigo de la tala de aquel magnífico viejo plátano. Se abrió camino colina arriba a través de los estrechos callejones del puerto. Por la noche aquel lugar era peligroso, pero por la tarde el sol lo dejaba casi desierto. Un gato llegó arrastrándose sobre su barriga y desapareció bajo una deteriorada puerta verde; dos perros yacían inmóviles en un pedazo de sombra.

Encontró las escaleras y ascendió vigorosamente por las empinadas pendientes de Pera hacia la legación polaca.

La mayor parte de los embajadores europeos ya se habían marchado para el verano. Uno a uno, se alejaban del calor de Pera, donde el polvo se filtraba invisible e incansablemente desde las calles sin asfaltar. Se marchaban a las casas de campo del Bósforo, para llevar a cabo

sus intrigas y negociaciones entre las buganvillas y los hisopos. Algunos de esos palacios de verano eran reputados como magníficos... el ruso y el británico podían ser divisados, fríos y blancos entre los árboles, desde un esquife que se deslizara sobre el Bósforo. Franceses, prusianos, suecos, todos tenían palacios de verano. Hasta el cónsul sardo alquilaba habitaciones en el poblado de pescadores griegos de Ortaköy.

Stanislaw Palieski, embajador polaco ante la Sublime Puerta, se quedaba en la ciudad.

No era que Palieski sintiera la necesidad de permanecer cerca de la corte ante la que estaba acreditado. Lejos de ello: las cargas corrientes de la vida diplomática constituían un peso liviano sobre sus hombros. Ningún severo monarca o asamblea patrioter le daba instrucciones intimidadoras; no se tramaba nunca ninguna negociación laberíntica por parte de la cancillería polaca. Polonia no tenía ningún monarca, ni asamblea. No existía, de hecho, Polonia alguna: excepto una, en el corazón, y a ésa Palieski estaba atado con cada fibra de su cuerpo.

Palieski había llegado a Estambul un cuarto de siglo antes para representar a un país que, excepto en la imaginación otomana, ya no existía. En 1795 Polonia había sido invadida y dividida por Austria, Prusia y Rusia, poniendo fin a la antigua comunidad de naciones que una vez había luchado contra los otomanos en el Dniéper y en las murallas de Viena.

—Tú tienes que tratar de olvidar lo que has perdido —había dicho una vez Palieski a su amigo Yashim—. Y yo tengo que recordarlo.

Por un capricho, porque el día era muy cálido, Yashim pasó más allá de las puertas de la embajada polaca y se dirigió por la Grande Rue hasta el enjambre de cafés griegos que había brotado junto a la entrada de un viejo cementerio. Muy lejos, al otro lado del Bósforo,

más allá de Uskudar, podía distinguir las nevadas pendientes del monte Olimpos, reverberando por el calor.

Yashim compró una libra de hielo olímpico, envuelto en papel.

Llamó varias veces a las desconchadas tablas de la puerta de la residencia. Finalmente la abrió de un empujón y se pasó unos minutos vagando solo por la planta baja del desvencijado edificio. Por curiosidad, entró en el comedor y lo encontró tal como había esperado, casi impenetrablemente oscuro detrás de la maraña de las clemátides de las ventanas; la mesa del comedor combada en medio de la sala y las tapizadas y duras sillas alineadas contra las paredes, verduzcas por el moho.

Cruzó hasta la parte trasera de la casa, preguntándose si Martha, la criada griega de Palieski, estaría en la cocina. No era así, pero a través de la abierta ventana distinguió la familiar figura medio oculta por la alta hierba, que se acercó para saludar a su amigo.

Palieski yacía completamente tumbado sobre una vieja y magnífica alfombra. Estaba recostado sobre un libro, cubierto con un sombrero de paja de ala ancha y vestido con unos pantalones azules de algodón. Iba descalzo. Un vaso y una jarra de lo que parecía limonada se encontraban al lado de su codo.

—He traído un poco de hielo —dijo Yashim. Palieski dio un brinco. Se incorporó y se echó para atrás el sombrero.

—¿Hielo? Qué buena idea, Yashim.

Éste se quitó los zapatos y se sentó con las piernas cruzadas sobre la alfombra. Palieski le echó una mirada.

—Martha la dejó aquí... Dice que el sol mata las pollas.

—Pero tú estás en la sombra.

—Sí. Hacía demasiado calor.

Un magnífico tejido palaciego de semicírculos color vermellón sobre un fondo negro; ése era el dibujo de la

alfombra que reproducía los diseños de los caftanes usados por los sultanes en los días gloriosos del Imperio, cuando los fabricantes de azulejos de Iznik estaban en su apogeo. Debía de hacer de eso más de doscientos años. Los polacos estaban también en su apogeo entonces, luchando con los otomanos en el Dniéper y el Pruth.

—No la había visto antes —murmuró Yashim. Deslizó su mano por la fina pelusa e hizo una mueca.

—Estaba enrollada en el desván. Envuelta en lona. —Palieski se puso de pie—. Cabroncetes voladores... Dame ese hielo.

Se lo llevó a la cocina, donde Yashim le oyó trastear. Regresó con un vaso y el hielo, a trocitos, en un cuenco. Yashim le señaló el libro que reposaba sobre la alfombra.

—¿Estás pensando en viajar?

—Saco el atlas de vez en cuando —dijo Palieski—. Ya sabes, mi Grand Tour quedó suspendido.

Yashim asintió. Muchos jóvenes europeos ricos viajaban por Italia y Grecia cuando alcanzaban la mayoría de edad. A veces llegaban a Estambul, confundiendo a los nativos con sus intentos de pedir café en griego antiguo.

Algo se agitó en el fondo de la mente de Yashim.

—¿Cuándo has dicho... suspendido...?

Palieski estaba ocupado con el hielo y la jarra, murmurando algo que Yashim no captó del todo.

—Estaba medio pensando en irme fuera por algún tiempo, Yashim.

Éste parpadeó.

—¿Por el Bósforo?

—Más lejos. No lo sé. —Palieski hizo una mueca—. No es que tenga muchas opciones. Me consideran un criminal en mi desmembrado país. Perseguido por la mitad de los déspotas de Europa por defender la dignidad de Polonia en una corte extranjera. —Meneó la ca-

beza—. ¿París? ¿Roma? Londres, lo más seguro, supongo. —Soltó un gemido—. Ternera hervida y ginebra. Yashim sonrió.

—Pera es bastante horrible en verano.

Palieski se rascó la oreja.

—Hablo en serio, Yash —dijo tristemente—. Ya sabes, el baile inaugural...

Yashim se rió.

—Tienes seis semanas para prepararte.

Era del dominio público que el joven sultán celebraría su elevación al trono dando un baile para los dignatarios extranjeros y nacionales a su regreso a la ciudad.

—Espero que tengas todavía aquel glorioso conjunto que llevaste la última vez... Si es que las polillas no han terminado con él.

—No se trata de las polillas, Yashim. —Palieski tenía un aspecto grave—. Es el nuevo sultán.

—Acabo de conocerlo —dijo Yashim—. Está resfriado.

—Un tema fascinante, Yashim. Tal vez podría tomar un bote hasta la embajada británica y gorrear una noche en los jardines a cambio de esta información. —El embajador arrancó malhumoradamente unas briznas de hierba—. El sultán Mahmut quizás fue un reformador, pero sabía cuál era su poder. Esperó casi veinte años para conseguirlo pero, para cuando fue lo bastante fuerte para hacer lo que le gustaba, yo era una especie de instalación fija. Le encantaba torturar los corazones de los rusos haciendo que yo apareciera en sus actos oficiales.

—Le gustabas —dijo Yashim.

—Eso no cuenta en la política. En todo caso, él ya no está.

—¿Y Abdülmecid? —Yashim observó a Palieski por un momento. Notó que su amigo estaba pensando—. No te abandonará...

—No puedo estar de acuerdo contigo —dijo Palieski

rígidamente—, Mahmut era viejo y feroz. Le agradaba pensar que los otomanos eran el único pueblo de Europa que aún reconocía a la República polaca. Abdülmejid es joven y puede que le ponga nervioso la idea de salirse de la línea. El *corps diplomatique* al completo está observando para ver si bebe el champán de la copa de cristal inadecuada.

Yashim frunció el ceño.

—¿Estás haciendo suposiciones o alguien te ha hablado en ese sentido?

Palieski desechó la pregunta con un gesto.

—Pues claro que no. Nadie lo haría. Para el caso de que te lo estés preguntando, aún no han suspendido mi estipendio. Eso no significa nada. Probablemente seguirán pagando hasta que me caiga muerto. Es el estilo otomano, Yashim. Cortés e indirecto. Ya lo sabes.

Yashim había estado trazando un dibujo en la alfombra con el dedo.

—Yo podría tratar de hablar con alguien, si quieres. Palieski resopló.

—Muy decente por tu parte, Yashim. Sólo que no creo que eso incline la balanza.

Yashim dejó escapar un largo suspiro.

—Podría averiguar si estás invitado, ¿no?

—Es un poco tarde, realmente. Vi al cónsul sardo ayer en la calle. Sonriendo como un organillero de la calle y listo para trasladarse a su cuchitril de Karakoy. Llevaba la maldita invitación en el bolsillo. ¡El cónsul sardo, Yash! No me sorprendería que el sultán le pidiera al sastre francés de Pera que viniera. Vaya baile más exclusivo...

Yashim suspiró.

—Yo también estoy en una posición difícil en palacio.

Le habló a Palieski sobre la advertencia de Reshid y el interés del sultán por un viejo cuadro.

Cuando hubo terminado, tomó un sorbo de limonada.

—Muy floja —lamentó Palieski, mientras Yashim se atragantaba—. Y de baja calidad, también. Yo le pondría vodka. —Se echó de costado, con la mandíbula apoyada en su mano—. Pregúntate: ¿si el Bellini existe...?

Yashim se encogió de hombros.

—Lo compro para el sultán.

Palieski calló un momento.

—¿Recuerdas a Lefèvre, el francés? Robaba libros antiguos.

Yashim asintió con la cabeza: ¿Cómo iba a olvidarlo?¹

—Ya te hablé entonces sobre la ascendencia. Sobre cómo un libro podía convertirse en valioso sólo con que hubiera alguna historia relacionada con él. ¿Recuerdas?

Yashim recordaba. Libros antiguos, guardados en algún escritorio monástico durante generaciones, podían aumentar su valor por encima del que tenían como literatura. A veces, al parecer, podían valer más que una vida humana.

—El retrato de Bellini de Mehmet podría valer un montón de dinero, Yash —dijo Palieski—. Un Bellini es precisamente el tipo de cosa que algún joven milord querría llevar triunfalmente a su gran mansión. Y un retrato de Mehmet el Conquistador... mucho mejor. Exótico... Histórico... Impresionaría a sus amigos.

Yashim hundió la barbilla en el pecho. Se acordaba de los azulejos de Iznik que había rescatado. Para él eran inapreciables, irremplazables. Eran las hermosas obras de la destreza e imaginación de un artista... Pero en Estambul eran tratados como ladrillos viejos.

Tomó un sorbo de limonada.

—Imagina que algún dignatario otomano con turbante llega a Venecia, con instrucciones de comprar el

1. Véase *La serpiente de piedra*.

cuadro y con la bolsa de un sultán a su disposición.

La nariz de Yashim le picaba a causa del vodka.

—Pagaría demasiado —dijo simplemente.

—Eres un blanco facilísimo, Yashim. Pagarás el doble por una obra de arte que muchos de los súbditos de Abdülmecid considerarán blasfema. Mahmut dejó el Estado otomano casi en la bancarrota. Es un secreto a voces. Reshid tiene razón. Ésta, Yashim, es una orden sin base. Escrita en el agua.

—Pero si no voy... —La voz de Yashim se fue debilitando.

—Bueno, estás en un lío, Yashim. Si no vas, el sultán puede enfadarse. Y, si vas, Reshid nunca te lo perdonará.

Yashim agarró el atlas de Palieski e inclinó la cabeza sobre el mapa. Las montañas estaban representadas en el atlas como una serie de diminutos picos, y las ciudades como puntitos negros. El borde de la tierra aparecía representado por una pequeña sombra en azul.

Su primer encargo del nuevo régimen... ¡Y ya se veía comprometido! Reshid quería permanecer y olvidar. El sultán quería seguir. Reshid tenía razón... Palieski lo veía así. Pero el sultán era el que gobernaba.

Yashim posó un dedo sobre el mapa.

—Tienes razón. No puedo ir. —Recorrió las inscripciones en caracteres latinos: Adriático, Ragusa, Venecia—. Pero tú sí puedes. Puedes ir y comprar el Bellini del sultán, mi viejo amigo,

Palieski abrió la boca, y la volvió a cerrar, asombrado.

—¿Yo? —Se incorporó—. Yashim, debes de haber perdido...

—El Grand Tour... reanudado —le interrumpió Yashim—. Y lo más importante, la gratitud del sultán.

La mirada de Palieski reflejaba inseguridad.

—¿El Conquistador, restaurado por el embajador polaco en la ciudad que él tomó? Creo que eso merece una invitación al baile inaugural.

Su amigo levantó la mirada hacia las ramas de la morera.

—Sí pero... los austríacos, Yash. Mi posición. Todo... esto. —Señaló con la mano hacia el mal cuidado césped—. ¿Qué diría Martha?

Yashim sonrió.

—Déjamela a mí. Estamos en verano, y todos los embajadores están fuera. En cuanto a los austríacos, bueno. —Hizo una pausa. Palieski no era muy bien considerado por los Habsburgo. Había sido una espina clavada en su culo desde su llegada a Estambul, un exiliado de sus tierras en la Polonia del Sur. Los Habsburgo habían secuestrado su país... Y gobernaban en Venecia.

—La respuesta, amigo mío, es que tú viajarás disfrazado. —Y, viendo que Palieski estaba abriendo la boca para protestar, añadió—: Y yo tomaré un poco más de limonada.

7

El sol se alzó del mar envuelto en un velo de niebla tan fina que al cabo de veinte minutos se consumiría completamente y desaparecería.

El *commissario* Brunelli cogió los papeles entre el pulgar y el índice y los dejó caer en su cartera sin echarles otra mirada. El viejo piloto soltó un gruñido y le lanzó una pobre, desdentada, sonrisa.

—¿Para los amigos?

—Para los amigos —admitió Brunelli. Lo que los austríacos hacían con ellos, lo ignoraba. Y tampoco es que le importara mucho. Si peinaban las listas de pasajeros en busca de espías extranjeros o exiliados políticos, era asunto suyo. Podían hacer el trabajo, si tanto les im-

portaba. Su propia cabeza estaba en cosas más importantes.

En particular en el róbalo que Luigi, el de los muelles, le había prometido como tenía por costumbre.

El barco crujió ligeramente por la fuerza de la corriente. Brunelli le estrechó la mano al capitán, un bajo y robusto griego de densos rizos blancos al que recordaba haber visto en el pasado, y se dirigió a la pasarela.

Scorlotti le estaba esperando en el bote.

—¿Algo nuevo, comisario?

—No, Scorlotti. Nada nuevo. —¿Cuándo aprendería el muchacho?, se preguntó. Esto no era Chioggia; esto era Venecia. Y Venecia ya lo había visto todo—. Déjame en los muelles, ¿quieres?

Scorlotti bostezó, y sonrió. Luego cogió los remos y empezó a bogar a través de las lisas aguas de la laguna.

Para cuando Palieski llegó al muelle, el comisario Brunelli no era más que una mota de color, trazada, o así podría parecer, con la punta de un pincel sobre la más preciosa tela jamás pintada por la mano del hombre.

—Así que esto es Venecia —murmuró Palieski, cubriéndose los ojos contra los rayos de sol que rebotaban del mar—. Qué espantosa.

8

Las palabras de Stanislaw Palieski no estaban dichas con ninguna animadversión contra la Reina de las Ciudades. La noche anterior había celebrado su inminente llegada con coñac griego, brindando por las islas de la costa dálmata mientras se deslizaban junto a ellas y le revelaban sus cuevas y enjabelgados pueblos uno por uno. Por la mañana, el sonido metálico de la cadena del

ancla del buque deslizándose a través de los pescantes, y la campana del barco cinco minutos más tarde, le habían despertado de un atontado sueño más temprano de lo que tenía por costumbre. Peor aún, el cocinero del barco ya no servía café a los pasajeros de pago. Habían llegado.

Se pasó las manos por el cabello y gimió suavemente, entrecerrando los ojos ante la visión.

Hermosa sí era, con sus cúpulas llameando bajo la luz matutina y una suave bruma que se dispersaba alrededor de sus pilotajes y escaleras, que se hundían en el agua. Sin embargo, la Venecia de 1840 no era en absoluto la reina del Adriático de los tiempos antiguos. Antaño, con sus islas y sus puertos esparcidos por todo el Mediterráneo oriental, se había considerado a sí misma soberana de casi la mitad de ese mar. Cada año, su *doge*, el *dux*, con su anillo, renovaba su matrimonio con el mar; y cada año éste devolvía tesoros a sus costas... sedas y especias, pieles y piedras preciosas, que los comerciantes venecianos vendían fructíferamente en el norte. Pero a cada nuevo año que transcurría su presa se aflojaba. Los otomanos habían ganado. Y la corriente de comercio y riqueza menguaba a favor del Atlántico. En una vorágine de fiestas, los venecianos se habían pavoneado marchando inconscientemente hacia su castigo. Napoleón había venido, y se había comportado tal como él predijo: como un Atila para la República veneciana.

Los austríacos habían ocupado lo que Napoleón no pudo retener por mucho tiempo. Y durante treinta años el viejo puerto se había ido deteriorando bajo la indiferencia de los Habsburgo, que preferían Trieste.

Palieski encontró la visión consoladora, sin embargo. Venecia en carne y hueso se parecía notablemente a los Canalettos que colgaban en la residencia del embajador británico, sólo que mucho más grande... Un panorama completo de grises y pardos, salpicado aquí y

allá de manchas de iridiscente pastel; muy cerca, un ejército borracho de mástiles y palos; a lo lejos, los campanarios de las treinta y dos iglesias de la ciudad; reluciente agua azul bajo sus pies y, encima de su cabeza, el claro cielo veraniego. Se metió las manos en los bolsillos y sintió allí el tintineo de monedas de plata por primera vez en años.

Palieski le había gruñido al sastre que le tomó las medidas en Estambul, y a Yashim, también. Pero en su corazón, donde todo hombre lleva al menos una onza de vanidad, estaba más bien encantado. Siempre había ido elegantemente vestido, aunque un poco raído; pero ahora llevaba una ceñida chaqueta sobre un chaleco abierto, pantalones de tubo de corte moderno, y un par de relucientes zapatos de charol puntiagudos. Su bigote estaba limpiamente, incluso exageradamente, recortado, en tanto que su sombrero —más negro y más lustroso que el que solía llevar en Estambul— era también ocho centímetros más alto. Sentía que su aire era el de un hombre de mundo, un hombre al que era improbable que el mundo engañara pero que miraba a ese mundo con amable interés.

¿Parecía un ciudadano de Estados Unidos? Tal como Yashim había señalado, la belleza de ser un norteamericano era que nadie sabía realmente cuál tenía que ser el aspecto de un norteamericano.

—Haga enviar mi equipaje a la Pensión Inghilterra —le dijo al sobrecargo, mientras una embarcación se detenía a su costado.

Era una góndola. A Palieski, acostumbrado a los gráciles esquifes de Estambul, le sugería algo más siniestro, con su picuda proa y su pequeña, estrecha y negra cabina en el medio. Mientras el fornido gondolero lo ayudaba desde la escalera, Palieski se dobló y entró en el camarote, quitándose el sombrero. Estaba organizado como un coche de caballos. Encontró un asiento y lo

ocupó; el banco opuesto estaba forrado con una andrajosa piel, y el aire olía a moho y humedad. Cuando corrió las cortinas y apareció una ventana, se sorprendió al comprobar que estaba ya moviéndose a cierta velocidad a lo largo de la Riva dei Schiavoni.

Con un sobresalto, descubrió que el colorido, así como las pequeñas ventanas de piedra con puntiagudas arcadas, incluso la inconexa línea de los tejados, le recordaban a Cracovia.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Ésta no es una ciudad mediterránea!

Identificó el Palacio del Dux, y las dos columnas que se levantaban a su lado en el borde del agua: los había visto en los Canalettos. El palacio parecía estar boca abajo: toda la ligereza expresada en una arcada de esbeltas columnas estaba en la parte baja, con la mole del edificio presionando desde arriba. Estiró el cuello para captar una vislumbre de su reflejo en el agua, pero no pudo ver nada más allá de las piernas del gondolero, y en aquel momento la gran iglesia blanca de Santa Maria della Salute se levantaba a mano izquierda, saludando su entrada en el Gran Canal.

El tráfico se volvió más denso. Negras góndolas pasaban raudas por su lado en dirección contraria, con las cortinas corridas, aunque de vez en cuando, en sus oscuros interiores, Palieski podía divisar una mano enguantada de blanco o una serie de bigotes. Lentas barcas, de gran calado, que transportaban verduras o piedra labrada o sacos, estaban siendo empujadas por hombres inclinados sobre unos largos remos; los remeros intercambiaban gritos entre sí, especialmente cuando sus embarcaciones avanzaban vacías. Un *traghetto*, que transportaba a un grupo de monjas salió disparado de un embarcadero; el gondolero de Palieski frenó con un brusco movimiento y soltó una rica andanada de impenetrable dialecto, que, al parecer, recibió la correc-

ta contestación. Se agitaron los puños, las monjas miraron hacia otra parte. Palieski sonrió. Las monjas con sus hábitos le recordaban las damas de Estambul.

Fue consciente ahora de algo que ya había percibido, pero no comprendido: la casi total ausencia de todo sonido, aparte de los gritos de los barqueros y las líquidas gotas de agua cayendo de los remos o silbando en las espumosas proas de las embarcaciones. Pero, cuando el gondolero hizo presión sobre su remo, giraron bruscamente para entrar en un canal lateral, y tanto el sonido como la luz solar quedaron borrados.

Palieski se echó hacia atrás, como si los ladrillos fueran a golpearle el rostro. Retorciéndose en su asiento, dirigió la mirada hacia arriba: se estaban deslizando por un fangoso pasaje entre altos edificios. Las ventanas situadas sobre su cabeza estaban enmarcadas en piedra, con oxidados barrotes de hierro; los huecos donde había caído el yeso dejaban el ladrillo al descubierto. Aquí y allá, la colada colgaba flácidamente de cuerdas tendidas a través del canal. Palieski se preguntó cómo podría secarse. Se puso la chaqueta a través del pecho y se volvió hacia la pequeña ventana situada a sus espaldas

—Brrr. ¿Pensione Inghilterra?

—*Sí, sí. Pensione* —dijo el gondolero sacudiendo la barbilla.

—¿Inghilterra? —Una duda se había instalado en la mente de Palieski—. ¿Pensione Inghilterra?

Pero la pregunta de Palieski estaba destinada a no ser respondida, porque en aquel momento el gondolero, vaciló, mirando fijamente al agua.

—*Sacramento!* —gruñó—. ¡Un hombre!